

LA CONFIANZA ORIGINARIA

THE ORIGINAL TRUST

Gabriel Antonio Capriles Fanianos

*Universidad Anáhuac
Ciudad de México, México.*

Resumen: A través del método filosófico de la experiencia integral el presente trabajo estudia el origen y la conformación de la confianza partiendo de la noción psicológica del apego, que remite a la experiencia en la que el niño crea un vínculo con las primeras figuras de apego, que será esencial en la constitución de su personalidad y en la conformación de una confianza primera, que definimos como confianza originaria. Posteriormente, el estudio -desde el pensamiento de la filosofía personalista-, de la influencia de la maternidad y de la paternidad en el modo en que la persona se relaciona con el mundo y con los demás, y de la aparición de esta confianza en el contexto familiar, nos llevará a abordar la confianza como un fenómeno de la vida personal que podemos definir como un valor personalista.

Palabras clave: Experiencia integral, Apego, Confianza, Familia, Personalismo

Abstract: Through the philosophical method of integral experience, this work studies the origin and formation of trust based on the psychological notion of attachment, which refers to the experience in which the child creates a bond with the first attachment figures, which it will be essential in the constitution of personality and in the formation of a primary trust, which we define as original trust. Subsequently, the study - from the thought of personalist philosophy - of the influence of motherhood and fatherhood on the way in which the person relates to the world and to others, and the appearance of this trust in the family context, will lead us to address trust as a phenomenon of personal life that we can define as a personalistic value.

Key Words: Integral experience, Attachment, Trust, Family, Personalism.

Introducción

En el libro *La fuente originaria* Juan Manuel Burgos sostiene que la fuente originaria del conocimiento no es la captación intelectual que crea el concepto, sino la experiencia: el encuentro con la realidad, que abre paso a una vivencia de lo real y que la persona estabiliza por medio de la comprensión. En este sentido, la comprensión no cumple el mismo papel que la abstracción en la filosofía clásica, sino que “consiste en la formulación cognoscitiva de las vivencias a través de un proceso de consolidación de la propia experiencia” que “se estabiliza en unidades de significado” (Burgos, 2018, p. 226) entendidas como nociones.

Estas nociones nos permiten volver continuamente a la experiencia y a encontrar en ella un punto de conexión entre distintos saberes. De este modo, la experiencia que el psicólogo John Bolwby observa en la relación del niño con su madre y que estabiliza por medio de la noción de “apego”, nos permite encontrar un punto de partida para la reflexión antropológica de la acción: “el hombre confía”.

Con el advenimiento de las democracias, luego de los totalitarismos del siglo XX, el fenómeno confianza aparece como un elemento esencial para mantener la vida social. El funcionamiento del estado, del mercado, de las empresas, de las relaciones laborales, dependen en buena medida de que un hombre cuente con otro. Sin embargo, desde una perspectiva meramente sociológica, este contar con otros puede ser desplazado -o al menos aparentemente- por el avance de la técnica, por el crecimiento del Estado y del mercado.

De este modo, se logra asegurar la convivencia -y la existencia humana- a través del control que genera certidumbre con respecto al comportamiento de los otros, y que promete un futuro dependiente de los avances de la ciencia y de la técnica. La confianza que dan las relaciones interpersonales es suplantada y confundida por la seguridad que otorga la técnica y el bienestar material. Pero este avance es incapaz de brindar un apoyo existencial: alguien en quien confiar.

Bajo esta perspectiva, el estudio de la confianza apenas roza el mundo personal, e impide abordar el fenómeno a profundidad, como un elemento necesario para el sano desarrollo de la existencia humana y, en consecuencia, de la vida social.

Por otro lado, en su esfuerzo por estudiar el comportamiento humano, la psicología profundiza en este fenómeno desde otra perspectiva. John Bolwby y algunos estudiosos de su obra, se acercan a los fundamentos de la confianza a través del estudio de la búsqueda de cercanía con un adulto que observan en la persona durante sus primeros años de vida. Esta teoría nos ayuda a comprender la creación de vínculos y de actitudes que se mantienen en el tiempo, no como un elemento secundario, sino como un aspecto esencial en la formación de la personalidad. Sin embargo, la aproximación de la psicología a este fenómeno -propriadamente humano- resulta limitado al no considerar al hombre en su totalidad, no solo como un ser biológico y psicológico, sino también espiritual.

Desde la antropología filosófica la confianza aparece como un fenómeno de la vida personal, que se manifiesta en la acción el hombre confía, y que podemos observar a lo largo de la existencia personal como acción del hombre que nos habla del mismo hombre. Se observa que el hombre, cuando confía, manifiesta la potencialidad de confiar, que se sostiene en una estructura antropológica propia y cuyo conocimiento nos ayuda a comprender mejor las características y el alcance del fenómeno confianza. La confianza es un fenómeno que se da entre personas libres y que se manifiesta en el ámbito propio de la existencia humana. Por medio de un análisis existencial de este fenómeno, que observamos desde la primera etapa de la vida -en la relación del niño con su madre- y que se despliega a lo largo de la existencia humana, se pretende observar su conformación, sus características y su desarrollo.

El surgimiento del apego.

La vida humana inicia en el vientre materno, en un entorno de total entretejimiento, donde la persona se encuentra provista de cuidado y protección. En este entorno, en que el nuevo ser humano muestra un estado de dependencia casi total, se van configurando sus canales sensoriales y las bases que paulatinamente le permitirán tener conciencia de sí mismo y del mundo. Señala Romano Guardini (1997) que “la vida en el seno materno es una vida real y que, como tal, implica no solo un desarrollo fisiológico, sino también una evolución psicológica” (p. 35).

Esta relación de dependencia nos permite, por un lado, estudiar al hombre como ser relacional, y, por otro lado, entender su constitutiva fragilidad, que se esconde -en los primeros meses de vida- en el mundo materno, en un ambiente donde el ser humano se encuentra seguro.

El alumbramiento constituye la salida al mundo del nuevo ser humano, en el que se cambia de entorno y se experimenta un momento de crisis. El bebé sigue mostrando una gran necesidad de la madre, carece de suficiente autonomía para sostenerse, no posee ni la fuerza ni la capacidad necesaria para sobrevivir solo. Como dice Julián Marías (1994), “en el momento del nacimiento, el niño es totalmente insuficiente, y eso quiere decir dependiente” (p. 37). El bebé percibe, más que en ninguna otra época, su notable indefensión y la necesidad de estar cerca de otro:

Dado lo débil de su capacidad de autoafirmarse, el mundo le es hostil al recién nacido (...) En efecto, en este último parece estar actuando el deseo de volver a la protección de la que disfrutaba en el vientre materno (Giardini, 1997, p. 37).

Según Giardini et.al (2017) Sigmund Freud estudió esta relación madre-hijo desde la teoría pulsional y entendió la búsqueda de la madre por parte del hijo como una motivación secundaria. La necesidad de relacionarse con la madre tan solo respondía, para Freud, a la motivación de satisfacer necesidades fisiológicas. Sin embargo, por medio de la teoría del apego, John Bolwby “cambia el foco freudiano hacia la relación de dependencia del niño con respecto a la madre y hacia el entorno, y los peligros que estos contienen” (p. 60). Observa que la búsqueda de la madre no responde únicamente a la búsqueda de alimento, sino que se trata de una motivación independiente y primaria: una motivación por crear vínculos con otra persona que le brinde cuidado y protección, pero que también le aporte una base segura para salir a explorar el mundo. El fenómeno por el que el niño busca a la madre y se apoya principalmente en ella, se basará entonces en una motivación independiente al sexo y a la alimentación que Bolwby, llamará apego, entendido como “la forma de comportamiento que se manifiesta en un individuo que obtiene o mantiene una cercanía en comparación con otra persona que considera capaz de enfrentarse al mundo de manera adecuada” (Giardini, 2017, p. 43).

De este modo el niño, al percibir el riesgo de su entorno y al percibir su vulnerabilidad (percibe no dominar la situación) busca cuidado y protección -se abandona- en un adulto que llegue a ser para él una base segura, es decir, un individuo que “aporta un espacio de protección y de tutela del que puede partir y al que puede regresar” (Giardini, 2017, p. 46).

Bolwby distingue entre el comportamiento de apego y el apego. El objetivo del comportamiento de apego es “obtener protección del peligro gracias a la cercanía de la figura de apego” (Giardini, 2017, p. 44) que culmina al encontrar la gratificación o la seguridad que el niño se sentía impulsado a buscar. Mientras que el vínculo creado -el apego- continuará y acompañará al hombre en toda su existencia.

En la base de la teoría del apego aparece en el hombre un aspecto existencial que distingue la manifestación de apego que se da, de forma distinta, en el mundo animal. En las personas el apego aparece cerca de aquellos “que son percibidas como competentes y capaces en una determinada situación, especialmente en momentos de emergencia” (Giardini, 2017, p. 44) y cumplen una función de disponibilidad y de espera que no atenta contra la autonomía del niño, sino que la impulsa, al ayudarlo y animarlo a explorar su entorno.

De esta manera en el ser humano el comportamiento de apego se convierte en apego (necesidad de mantener el vínculo). Y este apego en personas más fuertes o capaces, aparece como un apoyo esencial durante toda la vida para la construcción de la personalidad “pues, con la interacción en nuestro entorno empezamos a volvernos conscientes de lo que somos y a construir una idea de nosotros mismos” (Giardini, 2017, p. 64).

Este fenómeno, entonces, se observa como base biológica y psicológica para la creación de otros vínculos y, en particular, de la confianza. Nos ayuda a entender la formación de la estructura relacional de la persona que responde a un elemento existencial propio del ser humano, un vínculo con el que un hombre podrá contar con otro que lo ayudará a explorar la realidad y a hacerse una idea de sí mismo, de los demás y del mundo en el que le toca vivir.

La función del vínculo.

La existencia, para Julián Marías, es problemática, pues en ella el hombre se encuentra con lo real y debe ir haciendo su vida. Lo que el animal ya tiene resuelto (una vida determinada), el hombre lo tiene como menester. La vida humana es, para Marías (1970) “constitutiva inseguridad” (p. 138). Y cada ser humano, en su fragilidad constitutiva, y llamado a realizar una tarea (su vida), necesita una base segura desde la que pueda partir y a la que pueda volver. En la conformación de esa base serán decisivos los primeros vínculos.

En los primeros años de vida el apego responde más a la propia relación que a las características del niño. Pero luego aparece como propiedad del niño, con la que se irá abriendo a la conformación de nuevas relaciones y a la reciprocidad. El apego pasa por cuatro fases distintas, donde se puede identificar un desarrollo cognitivo que va configurando el tipo de relación: “con el crecimiento se estructuran capacidades mentales cognitivas y emocionales más ricas, que permiten interiorizar la relación y tener a disposición modalidades mayores y más sofisticadas para conservar el vínculo (Giardini, 2017, p, 116).

Este proceso de desarrollo de la estructura bio-psicológica del ser humano, va ocurriendo a la par de un cambio que responde a un aspecto existencial, que se refiere a lo que Cyrulink (2008) entiende por historización: “un proceso activo de creación del propio pasado que da una forma a la identidad del hablante” (p. 73). Y, desde la perspectiva antropológica, Julián Marías (1994) señala que la formación del cerebro va acompañada de un elemento biográfico:

No se piensa con el cerebro, sino con la vida. El comienzo de la razón, condicionada por un nivel biológico, depende de lo que pase con la vida biográfica. Por eso hay tan grandes diferencias, que dependen de las formas sociales de la convivencia, y, dentro de ellas, del entorno inmediato del niño, de los estímulos que recibe y a los cuales responde, del desarrollo de su iniciativa, del horizonte de lo que es su mundo (p. 41).

En la existencia del ser humano el vínculo otorga un tipo de seguridad distinta, que se refiere propiamente al ámbito de la libertad y de la responsabilidad personal. Una figura

de apego, que se comporta como una base segura, se encuentra disponible y representa un apoyo clave para salir a explorar el mundo, para conocerlo y para conocerse a uno mismo.

Para Giardini et al (2017), siguiendo a Bolwby, el niño atraviesa un proceso “que lleva a la construcción de un sentido de singularidad y de individualidad, de unidad y de permanencia en el tiempo” (p. 65) que se va logrando por medio de la relación con las figuras de apego. A través de la manera en que la figura de apego toca, mira, responde a las señales de necesidad del niño, se irá concibiendo un sentido de singularidad; a través de la relación que otros le brindan al niño, tomando a la persona completa, en su integridad, se irá concibiendo un sentido de unidad; y a través del nivel de estabilidad y disponibilidad de las figuras de apego se irá concibiendo un sentido de constancia que marcará su sistema de relaciones:

De cómo y cuándo conseguimos sentirnos únicos, coherentes y permanentes, a pesar de los cambios que se operan en nuestra vida (crecimiento, rotura de los vínculos, luto, pérdidas) depende las características de las relaciones íntimas que nos han involucrado (Giardini, 2017, p. 65).

De esta manera, a través de la interacción repetida con la figura de apego se logra la organización del «self» (Giardini, 2017, p. 62). Una cierta dependencia da la clave para el reconocimiento de la propia dignidad, la construcción de una sana autonomía y de una sana percepción de sí mismo, que servirá de base para fiarse de los demás y de uno mismo.

El papel de la familia en la conformación de la confianza

Karol Wojtyla señala que “el mundo de las personas tiene sus propias leyes de existencia y desarrollo”, (Wojtyla, 1978, p. 104) y por ello es importante entenderla desde el contexto y las condiciones en que surge, entender la familia como lugar de origen. Para Burgos (2004) “la familia es el lugar del origen de la vida biológica y personal, es decir, donde nacen los hombres y las mujeres y se trasforman en personas adultas y miembros de una comunidad determinada” (p. 69). La existencia transcurre y se desarrolla en la familia, un espacio donde se es acogido y se enseña a acoger, es decir, un espacio donde el amor suele ser -o debería ser- su regla fundamental. Señala Domínguez (2007) que:

El tipo de relación que se aprende en la familia es el amor (...) modo de vida comunitaria, en el que cada uno promociona al otro, lo fundamenta, lo posibilita, le anima a ser quien está llamado a ser (p. 236).

Para Rocco Buttiglione (1999) “en la unidad de padre y madre el niño puede aprender el mundo de las cosas” (p. 114). La primera representación del mundo, el primer contacto que tiene con las cosas, la idea que se hace de sí mismo se encuentra mediada por sus padres. La familia es esa unidad desde la que el niño construye un sentido de pertenencia, toma las referencias para su existencia, y se dispone a explorar el mundo.

El don de la vida se recibe en la familia a través de la paternidad y de la maternidad, donde especialmente la madre toma una actitud de acogida. A pesar de una clara dependencia, la madre es consciente de la singularidad del hijo; que no es una extensión de su cuerpo sino un ser humano totalmente único y singular. Como dice Buttiglione (1999): La relación con otra persona, de hecho, no crea ni el sujeto ni su conciencia, pero se integra sobre el presupuesto de una primera donación original del ser y del sentido por parte de Dios, precisamente como su desarrollo y su explicitación (p. 119).

La madre es la primera en recibir esta vida humana, y la acoge en su interior: “en el embarazo esta novedad toma la forma de otra vida humana que está en nosotros, pero que no nos pertenece” (Butiglione, 1999, p. 123).. Es por eso que la maternidad es refugio, con la que se manifiesta la lógica del don, que se entiende a través del amor: “la única actitud adecuada para con la persona (...) que aprendemos, sobre todo, en las primeras relaciones interpersonales” (Butiglione, 1999, p. 119).

La vida como don se percibe a través de la madre, por medio de la acogida. Será a través de su libertad, pues ha decidido tener a su hijo, a través de su cuidado y de su cariño, que el niño llegará a percibir que la vida es un don, algo gratuitamente recibido. De esta manera el niño, para quien su mundo será principalmente sus padres, llegará a sentirse seguro. En estos primeros años de vida la figura de la madre, así como la del padre, serán la pieza clave “para que el niño llegue gradualmente a ser consciente de sí mismo y de su existir en

el mundo” (Butiglione, 1999, p. 128). Y, según el trato de esta relación, el niño percibirá al mundo y a los demás como dignos de confianza.

Si la madre es el refugio que le da acogida al niño, que primeramente lleva consigo al nuevo ser humano, y que luego se encarga de brindar cuidados, el padre también acoge, pero llega a acoger de manera distinta, según un modo particular de donación. Como dice Domínguez (2007):

Es donándose a la obra como el varón acoge al otro; mientras que la mujer acoge al otro y en esta acogida se dona. El varón da de sí fuera de sí, mientras que la mujer da de sí en sí (p. 130).

La acogida paterna juega un papel crucial para que el niño se sienta seguro y tenga la confianza necesaria para salir a explorar el mundo exterior, en el que deberá captar su independencia y entender la vida no solo como don, sino también como tarea. La mediación que ha desarrollado la madre entre el niño y el mundo se completa introduciendo al niño en el mundo. En este proceso el padre lo ayuda a tomar conciencia de que su madre es alguien distinta a él: “mi madre tiene una historia propia. Me ha introducido en el mundo, y para hacerlo ha representado el mundo para mí, es decir, ha desarrollado una mediación esencial entre mí y el mundo” (Butiglione, 1999, p. 128).

La madre atiende los deseos del niño, que este expresa cuando llora. En primer lugar, el llanto responde a un objeto (una necesidad que satisfacer, etc). Pero poco a poco la madre ya no tiene la misma disponibilidad para atenderlo. Y el deseo, que el niño expresa por el llanto, se vuelca entonces hacia la necesidad que el niño tiene de la presencia de la madre. La cercanía de la madre, la realidad de poder contar con ella, le quita el temor de quedarse solo en un mundo desconocido para él: “el niño debe por primera vez enfrentarse con la diferencia entre interioridad y exterioridad, señalada por el hecho de que la expresión del deseo no coincide con su satisfacción” (Butiglione, 1999, p. 40).

En esta unidad, entonces, la madre representa el don y el padre la ley. Uno representa el mundo del deseo y el otro el sentido de la realidad. Ante el suelo seguro que le otorga la

madre y con el que el niño cuenta de modo necesario, el padre se encuentra en él para ayudarlo a salir y a explorar el mundo. El padre anima al niño a ganar cierta autonomía. Y esta sana autonomía es lo que permitirá comprender en su totalidad el don de la madre, que se inscribe dentro de la vida, que es don (madre) y tarea (padre). De esta manera, la confianza en los otros -que en un primero momento aparece como abandono o confianza total- se dirige hacia la confianza en uno mismo, que no lleva a un total abandono sino a contar con otros.

Conclusiones

La confianza originaria.

La aparición de la confianza la observamos en los primeros años de vida, en la relación del niño con los padres que crea un tipo de situación particular. El bebé percibe su total vulnerabilidad ante el mundo que se le presenta y se abandona en ellos. Ante esta situación de dependencia, los padres lo acogen en un mundo de cuidados. Se observa que el bebé deposita en ellos una confianza total, y esta acción de confianza total en otros, es la que caracterizamos como abandono.

Dicha relación parte del reconocimiento y del respeto de los padres frente a la nueva vida, y de ella -de esta dependencia- surge la experiencia de la propia singularidad con la que se conforma una predisposición a la confianza, una “inclinación a creer que los demás son dignos de confianza” (Covey y Merrill, 2007, p. 401). En este contexto de origen entendemos la confianza más que como un valor ético, como un valor personalista, como un valor que se dirige directamente a la persona como fin en sí mismo.

Esta confianza primaria -en las circunstancias adecuadas- llega a consolidarse como una confianza continua. Como dice Carlos Pereda (2009): “Parece tan primario abandonarse, abrirse, que articula una confianza continua: que dura en el tiempo” (p. 21) o una predisposición a la confianza, que será la base de los otros tipos de confianza. En este sentido señala Robert Spaemann (2005): “los psicólogos hablan de una confianza originaria en el hombre, sin la cual no es posible una vida sana, y que tiene su fundamento en la confianza del niño pequeño con su madre” (p. 132).

En el niño se observa una actitud ingenua de abandonarse en el otro que Pereda (2009) designa como actitud espontánea y prerreflexiva: “una confianza más incluyente que las confianzas singulares entre personas: una forma básica, prerreflexiva, de confiar, que se puede calificar como confianza general” (p. 7). Covey y Merrill (2007) también hace referencia a ella como una predisposición y la considera como “una cuestión del corazón” (p. 401). Para Spaemann (2005), el núcleo de la confianza consiste “en hacerse realmente vulnerable” -y es por eso que en el bebé nos encontramos con una confianza total, pues- “el límite de la vulnerabilidad que uno pone, es el límite de la confianza” (p. 146).

Luego cambia la situación. Las personas involucradas en la relación van tomando conciencia de su condición y establecen un espacio de encuentro, un nosotros, donde cada parte tiene un papel definido con respecto al otro, y se acompañan mutuamente en su autodeterminación, creando un espacio de cooperación que posibilita la reciprocidad y da apertura a otro tipo de relaciones. Con este tipo de relación, el hombre se introduce en una existencia dialógica, que crea un tipo de situación en donde la vulnerabilidad ya no es total, y la acción el hombre confía ya no es de total abandono, sino que se convierte en la acción de contar con otros. Aparece lo que Covey y Merrill (2007) llama “confianza inteligente”: una predisposición a la confianza orientada por una razonable capacidad de análisis (p. 403).

El hombre, como ser que se encuentra en el mundo, tiene como objetivo -y esto permite ahondar en el sentido de su desarrollo y de su educación- situarse en el mundo de modo responsable, es decir: tiene la capacidad de responder ante su destino. Ante este destino y ante el deseo de autoafirmarse, de realizarse, el hombre busca un espacio de autodeterminación, pero se da cuenta de que no es posible abordarlo solo, pues no domina su destino. Y se percató de que, para actuar frente a él necesita contar con el otro y, entonces, abrirse a la cooperación:

El empeño del hombre por crearse un cierto espacio de autodeterminación y autoafirmación dentro del conjunto de condiciones que le vienen dadas, se hallan, a su vez, bajo otra condición antropológica adicional: que nadie puede crear para sí solo este espacio libre. Dependemos de la cooperación (Spaemann, 2005, p. 131).

A través de la confianza el hombre se hace consciente de que no es dueño de la situación. Se percata de que su vida y sus circunstancias no son algo que estén, completamente, bajo su control, y de que el único camino razonable, o el mejor camino, es el de la confianza en los demás. De otro modo, solo, y al darse cuenta de que no domina la situación, la esperanza quedaría perdida y ya no podría encaminarse hacia su plenitud.

De esta manera, se puede afirmar que la confianza aparece como un camino para poder realizar el destino personal. Pues, si lo propio de la persona confiada es renunciar a ser dueño de la situación, lo propio de la persona desconfiada sistemática es creerse dueña de la situación: posición que termina por conducir a posiciones escépticas o al miedo. La no cooperación, propia del desconfiado, que “por lo general está insatisfecho con lo que recibe, pero es incapaz de dar algo espontáneamente a los demás” (Bolwby, 1986, p. 131) lleva a un espacio de acción muy limitado, donde no hay espacio para el encuentro, se está solo. No hay cabida para otra persona.

La confianza originaria se manifiesta como una acción del hombre propia de su estructura antropológica, y esa confianza originaria sirve de base para entender otros tipos de confianza. Mientras que la desconfianza sistemática se aprende de una actitud errónea ante los demás y ante el mundo, al no responder ante el propio destino. La base segura que se crea por medio del vínculo -una cierta dependencia que hace contar con el otro- no tiene como consecuencia la inmovilidad de la existencia -como sí ocurre con el desconfiado- sino que es la base desde donde el hombre se moviliza y sale a explorar el mundo. Esta primera confianza parece seguir el ritmo natural -sano- de la existencia humana que, con los demás, se dirige hacia adelante. Como dice Marías (1970): “Yo soy futurizo: presente, pero orientado al futuro, vuelto a él, proyectado hacia él” (p. 23).

Referencias

- Bolwby, J. (1986). *Vínculos afectivos: formación, desarrollo y pérdida*. Editorial Morata.
- Burgos, J. (2018). *La vía de la experiencia integral*. Editorial Rialp.
- . (2023) *La fuente originaria*. Editorial Comares.
- Buttiglione, R (1999). *La persona y la familia*. Editorial Palabra.

- Covey, S y Merrill, R. (2007). *El factor confianza*. Editorial Paidós.
- CyruLink, B. (2008). *Bajo el signo del vínculo. Una historia natural del apego*. Editorial Gedasa.
- Domínguez, J. (2007). *Antropología de la familia*. Biblioteca de autores cristianos.
- Giardini, A, Biardini, I., Cacciola, B., Maffoni, M, Ranzini, L., y Sicuro, F. (2017). *Teoría del apego*. Editorial Salvat.
- Guardini, R. (1997). *Las etapas de la vida*. Editorial Palabra.
- Marías, J. (1970). *Antropología Metafísica*. Editorial Revista de Occidente.
- . (1994). *Mapa del mundo personal*. Editorial Alianza.
- Pereda, C. (2009). *Sobre la confianza*. Editorial Herder.
- Rogers, C. (2000). *El proceso de convertirse en persona*. Editorial Espasa.
- Spaemann, R. (2005). Confianza. *Empresa y humanismo*, 8. 131-148, doi: <https://doi.org/10.15581/015.8.33333>.
- Véliz, C. (2021). *La privacidad es poder: datos, vigilancia y libertad en la era digital*. Editorial Debate.
- Wojtyła, K. (1978). *Amor y responsabilidad*. Editorial Razón y Fe.
- . (2011) *Persona y Acción*. Editorial Palabra.